

OBAMA Y EL INICIO DE UN NUEVO CICLO POLÍTICO

Alfredo Toro Hardy*

Recibido: 1 Noviembre 2008 / Revisado: 20 Noviembre 2008 / Aceptado: 2 Diciembre 2008

Una revolución política pareciera estar teniendo lugar en Estados Unidos, en momentos en que un liberal conquistó la presidencia de un país considerado, hasta hace pocos meses, como mayoritaria e inexpugnablemente conservador. La trayectoria de Obama es, en efecto, la más liberal que haya evidenciado candidato Demócrata alguno desde los tiempos del malogrado George McGovern. Su trabajo comunitario en el Sur de Chicago (el Harlem de esa ciudad), su cercanía a figuras y a asociaciones de izquierda y la orientación de su record de votación en los senados de Illinois y de Washington, hablan por sí solos. No en balde es considerado como el más liberal de los miembros de la Cámara Alta de Estados Unidos.

¿Cómo una figura así, siendo además miembro de una minoría, hijo de un inmigrante africano y poseedor de un nombre exótico, pudo acceder a la Casa Blanca? ¿Dónde quedan encuestas como la de "Valores en el Mundo" de la Universidad de Michigan, según la cual los norteamericanos son "tradicionalistas" y valoran ante todo el patriotismo, la religión y la familia, declarándose en un 80 por ciento conservadores con relación al tema de la familia y el matrimonio (ver "A Survey of America", *The Economist*, 8 de noviembre, 2003)?

La naturaleza telúrica de lo que ocurre es inversamente proporcional a la fortaleza del movimiento conservador. A partir de Nixon, y consolidándose con Reagan, la faz de la nación dio un viraje a la derecha. El pensamiento liberal que pre-

dominó hasta finales de los sesenta, inició su declive a partir de ese momento. En efecto, el denominado "establishment" liberal entró en crisis profunda por aquellos años, como resultado de las inmensas contradicciones internas generadas por Vietnam y ante el vuelo desatado de sus grupos más progresista, que le alienaron a los sectores mayoritarios de la población. A partir de ese momento su condición de epicentro de una amplia coalición se diluye y, paulatinamente, su voz se va opacando. Una poderosa coalición de centros de análisis, medios de comunicación, universidades y fundaciones de derecha, ocupa en nuestros días el espacio hegemónico que otrora correspondió al "establishment liberal".

Centros de investigación y análisis como Heritage Foundation, American Enterprise Institute, Center for Strategic and International Studies, Cato Institute o Hoover Institute, constituyen los lugares de donde emergen las ideas. Medios de comunicación como Fox News, *Wall Street Journal*, *Weekly Standard*, *New York Post*, *National Interest*, *New York Sun* o *Washington Times* y columnistas como Krauthammer, Barone, Kristol, Kagan o Boot, son los responsables de las matrices de opinión. Universidades como Chicago, George Mason o Rochester y fundaciones como Bradley o Scaife, brindan sustento intelectual y académico. A ellos se une con la fuerza de las pasiones desatas, y no ya de las ideas, un amplio y poderoso espectro de comentaristas radiales extremistas, medios de comunicación evan-

* Académico y diplomático venezolano. Autor de dieciséis libros en relaciones internacionales, dos de ellos premiados por la Expo America Book Fair en 2003 y 2008. Embajador de su país en Madrid y ex Embajador en Washington, Londres, Brasilia, Santiago de Chile y Dublín.

gólicos, “blogs” ultra conservadores y agrupaciones defensoras de los derechos de la familia.

Se evidencia, a la vez, la fuerte ascendencia de los valores conservadores en el poder judicial norteamericano. Reagan mantuvo a raya las aspiraciones políticas de la Derecha Cristiana, otorgándoles en compensación un coto puntual pero clave: la selección, bajo su criterio de valores, de los jueces federales. El segundo Bush aceleró este proceso. Bajo este último, por lo demás, se produjo una marcada incursión conservadora en la Corte Suprema de Justicia, a través de la designación de dos de los magistrados de ese cuerpo. Ello asume importancia mayor en un sistema de Derecho Común, donde la jurisprudencia de las cortes de justicia orienta las costumbres y valores predominantes.

Dentro del contexto anterior la tesis de la “sociedad de propietarios”, célebre propuesta de Bush, ocupó lugar de relevancia. La misma vinculaba los conceptos de buena ciudadanía con los de propiedad inmobiliaria y bursátil. Poseer un hogar propio y un paquete accionario en la bolsa era la mejor forma de convertirse en “buen ciudadano” y, por extensión, como ocurrió, de acceder a valores conservadores.

Sin embargo, más allá de la convergencia de fuerzas tan poderosas como las citadas, encontramos las grandes matrices de pensamiento conservador.

De acuerdo al reconocido intelectual británico Martin Kettlese: “Según lo cree gran parte de su pueblo, Estados Unidos no es como el resto del mundo. A sus ojos, el suyo no sólo es un lugar especial, sino que constituye la manifestación de un propósito divino”.¹

Sus excesos de religiosidad lo transforman en un pueblo más cercano a los fundamentalistas del Medio Oriente, que a sus congéneres de Occidente. El 39 por ciento de los estadounidenses se califica a sí mismo como “cristianos vueltos a nacer”, también un 39% de los norteamericanos señala que

la Biblia no sólo constituye la palabra auténtica de Dios, sino que debe entenderse en su sentido literal. Más aún, en el año 2000, 46% de los cristianos norteamericanos se declararon creyentes del “Armagedon” (la guerra del fin del mundo) y de la próxima Segunda Llegada de Cristo.²

La creencia en el “Armagedon” llega al 71 por ciento en el caso de los protestantes evangélicos. Igualmente, el 31 por ciento de los estadounidenses cree en un Dios bravo y vengativo que castiga al no creyente. A su vez, sólo uno de cada cuatro norteamericanos cree en la teoría de la selección natural de las especies.³ En efecto, según recuerda Martin Kettlese: “Sólo uno de cada cuatro estadounidenses cree que la vida sobre la tierra es producto de un proceso de evolución natural. Las tres cuartas partes de los estadounidenses, en otras palabras, todavía no acepta lo que Darwin logró establecer hace 150 años”.⁴

En ningún otro lugar del mundo occidental la influencia de los integristas religiosos resulta tan elevada ni su presencia en los medios de comunicación tan notoria. Tal como señala Walter Russell Mead, quien ha estudiado en profundidad el tema de la religión en Estados Unidos: “Estupefactos por las encuestas recientes, que muestran que la mayoría de los estadounidenses rechaza la teoría de la evolución, intelectuales y periodistas de Estados Unidos y de afuera se preparan para un asalto masivo en contra de la ciencia darwiniana”.⁵

También su puritanismo social resulta atípico. Herencia directa de los calvinistas que llegaron a Nueva Inglaterra en 1620, el mismo se expresa a todos los niveles de su organización ciudadana. Según los reputados analistas políticos británicos John Micklethwait y Adrian Wooldridge: “Los americanos están determinados a penalizar, regular, legislar o a asignarle un carácter patológico a las más insignificantes amenazas sociales. Ningún país crea más reglas para mantener bajo control los más pequeños desórdenes de la vida humana”.⁶ De

¹ “America is caught in a conflict between science and God”. *The Guardian*, 26 de noviembre, 2005.

² Ver Phillips, Kevin, *American Dynasty*. London, Penguin Books, 2004 y encuesta de *CNN/USA Today* del 9-12 de diciembre de 1999.

³ Ver Phillips, Kevin, *op.cit.*; Micklethwait, John y Wooldridge, Adrian, *The Right Nation*. Penguin Books, 2004, *Time*, 6 de noviembre, 2006.

⁴ *Op. cit.*

⁵ “God’s Country?”, *Foreign Affairs*, New York, septiembre/octubre, 2006, 34.

⁶ *Op. cit.*, 302.

acuerdo al filósofo francés Bernard-Henry Levy: “En su metódico, y a ratos obsesivo puritanismo, sueñan con quemar los vicios y las vanidades en las hogueras de cada rincón de América”.⁷ Baste recordar el caso Monica Lewinsky, para darnos cuenta de los extremos a los cuales puede conducir dicho puritanismo. Un país girando durante meses y meses en torno a las travesuras sexuales de antecámara de un Presidente, con la consiguiente parálisis de la gestión de gobierno.

Su particular concepto del castigo se encuentra íntimamente ligado a lo anterior. Ningún otro país occidental visualiza la retribución a los delitos con igual dureza ni evidencia tal predilección por la pena de muerte. De acuerdo a Micklethwait y Wooldridge: “Setenta por ciento de los estadounidenses respalda la pena de muerte, tal como lo muestra Gallup...La mayoría de los estadounidenses cree que la pena de muerte no es impuesta con frecuencia suficiente...Las ejecuciones resultan tan populares en términos de captación de votos que los estados evidencian un 25 por ciento de incremento en la tendencia a llevar a cabo ejecuciones en los años de elecciones de gobernadores”.⁸ Los extremos a los que puede llegarse en este sentido quedaron evidenciados el 13 de diciembre del 2005, con la ejecución en California de Stanley Tookie Williams: un criminal regenerado, cuya militancia a favor de la prevención del crimen le había valido cinco candidaturas al Premio Nobel de la Paz.

Su mitología nacional la hace percibirse a sí misma como una sociedad elegida por Dios: la “Nueva Israel”. Ello da sustento a una suerte de religión seglar asumida con intensidad similar a la de su fervoroso cristianismo. La misma se expresa a través de la convicción de disponer de un modelo societario superior y de constituir la expresión de una historia excepcional en los anales humanos. La suya es la “Ciudad sobre la Colina” preconizada por John Winthrop, destinada a servir de ejemplo a la humanidad. Por extensión, ello implica el impulso misionero de difundir su modelo por el mundo. Los neoconservadores encarnan hoy la más lograda expresión de esta vocación de evangelismo seglar.

También formando parte de su mitología nacional aparece el llamado “espíritu de frontera”. Al igual que el “excepcionalismo”, aludido en el punto anterior, éste responde a la creencia de ser un pueblo que se ha forjado a sí mismo enfrentando amenazas y peligros. En su esencia simboliza el temor ante la hostilidad circundante, ese temor que experimentaron los colonos originarios ante un nuevo mundo y los conquistadores del Oeste en su expansión hacia horizontes cargados de amenazas. De acuerdo a Ziauddin Sardar y Meryll Wyn Davies: “La frontera del Oeste no es historia, es la expresión de ideas acerca del significado de la historia, un genuino espacio mítico. Es atemporal... La frontera del miedo, al igual que ocurrió con la frontera del Oeste, está siempre en continuo movimiento”.⁹ El “espíritu de frontera” se expresa en la necesidad de estar armados, lo cual se proyecta a escala individual y como nación. Pero también se expresa en la convicción de que no importa cuán armado se esté, pues el riesgo siempre estará presente. La paranoia extrema resultante del 11 de septiembre, se inscribe dentro de una tradición que abarca desde las brujas de Salem hasta el mccarthismo. Es la tradición del enemigo que acecha.

Como consecuencia directa de lo anterior se encuentra el derecho a portar armas consagrado por la Segunda Enmienda de la Constitución. Expresión de la “milicia armada” que se enfrentó a las fuerzas británicas y que le dio su libertad a los Estados Unidos, dicha enmienda pervive como un anacronismo histórico que permite que cualquier ciudadano debidamente identificado pueda comprar un arma. Ello ha hecho de ese país una de los lugares más violentos de la tierra donde, de acuerdo a *The Economist* de fecha 21 de abril del 2007, 240 millones de armas se encuentran en manos de la población. Es decir, más armas que adultos. Permite, a la vez, que periódicamente se produzcan matanzas al estilo Columbine o Virginia Tech, donde decenas de seres humanos mueren absurdamente ante el fácil acceso a la compra de armas por parte de desequilibrados mentales.

Estados Unidos se nos presenta, a no dudarlo, como una sociedad aplastada por la carga de su his-

⁷ *American Vertigo*. New York, Random House, 2006, 278.

⁸ Op. cit., 369.

⁹ *American Dream, Global Nightmare*. London, Icon Books, 2004, 47 y 48.

toria. No en balde el reconocido futurólogo Jeremy Rifkin señalaba que “el espíritu americano languidece cansadamente en el pasado”.¹⁰ El país pareciera revestirse, en efecto, del ropaje de la tradición, de la inamovilidad de las viejas concepciones y de una rigidez social poco proclive a las transformaciones.

La suya es una cultura de la “virtud” asentada en los valores inmanentes definidos por los padres fundadores, en la que Dios y la protección divina constituyen referencias cotidianas. Una sociedad proclive a los fundamentalismos por la fijación en sus raíces y por la percepción de su sentido de “misión”.

El contraste con Europa no puede resultar mayor. Mientras una nación joven en el tiempo como lo es Estados Unidos luce aferrada a su pasado, un continente cargado de historia como lo es Europa no teme reinventarse y reconfigurarse a sí mismo. No teme a la innovación y a la experimentación. No teme a los retos de una cima que cada vez se plantea como más elevada y ambiciosa. Europa, por la audacia y la vitalidad de su comportamiento, evidencia todas las manifestaciones de la juventud.

Sin embargo, nadie podría negar la extraordinaria vitalidad de los Estados Unidos en áreas como la gerencia, las finanzas, los servicios en general, la industria, la ciencia, la tecnología o la industria del entretenimiento. ¿Quién podría catalogar a dicho país como envejecido en campos como esos?

Así las cosas, nos encontramos con la curiosa paradoja de un país que a pesar de liderar al mundo en tantos sectores, sigue hablando y pensando de manera extrañamente arcaica. La suya es una incomprensible amalgama entre factores extremos de tradicionalismo y modernidad. Sin embargo, esa modernidad parece expresarse mejor a nivel de la ciencia, la tecnología, la industria y los servicios, que en el campo del pensamiento social, que es lo que verdaderamente determina el alma de una nación.

No en balde, para adecuarse al estado de ánimo nacional prevaleciente, los Demócratas debieron virar también a la derecha. Los llamados “Nuevos Demócratas” de tendencia conservadora, fueron el factor determinante en la reconquista de las dos cámaras del Congreso Federal, así como de

varias gobernaciones, en las elecciones de noviembre del 2006. Bajo la estrategia de Rahm Emanuel, se recurrió a figuras conservadoras que pudieran responder a los valores predominantes en multitud de circuitos electorales y estados. Algo similar intentó Hillary Clinton, quien dio todos los pasos requeridos en esa dirección. No olvidemos, por lo demás, que el propio Bill Clinton, luego de la estruendosa derrota legislativa de 1994, logró mantener su presidencia a flote y garantizarse la reelección, gracias a su vuelco hacia la centro-derecha.

¿Qué ha ocurrido entonces? ¿Porqué un entretejido de valores, convicciones y matrices de opinión que parecían tan firmemente arraigados, resultó tan vulnerable? ¿Sobre que bases un liberal pudo conquistar la Casa Blanca? Según refería *Time* el 27 de octubre pasado: “Esta es la primera elección en generaciones, y posiblemente la primera nunca, en que casi 9 de cada 10 estadounidenses piensan que el país va en la dirección equivocada”. Es importante determinar la causa de esta percepción.

La guerra de Irak, la torpe respuesta frente a Katrina, el desmesurado gasto público, el endeudamiento masivo –productos elocuentes de la Administración Bush– constituyeron un talón de Aquiles superlativo para el candidato Republicano. La sola deuda pública era en septiembre de 2008 de 9,7 millones de millones de dólares, siendo en buena medida el producto de un incremento anual de 500 millardos de dólares desde 2003. Sin embargo, nada de lo antes mencionado hubiese bastado para cercenar las opciones electorales de McCain, las cuales resultaban todavía respetables algunas semanas antes de las elecciones. Fue necesario el terremoto de Wall Street y su impacto sobre la economía real, para sacudir hasta sus cimientos el pensamiento dominante.

A un nivel inmediato dicho terremoto fue consecuencia de la “sociedad de propietarios” propuesta por Bush. Su política de “cero pago inicial” para la adquisición de viviendas, constituyó el detonante de la espiral de hipotecas sin respaldo y de derivados sustentados en otros derivados sin origen identificable. A nivel estructural, sin embargo, fue el producto de los excesos de la economía de mercado. El manifiesto fracaso del modelo económico al cual unieron su suerte, está teniendo

¹⁰ *Newsweek*, 26 de marzo, 2007.

consecuencias devastadoras para los conservadores. El monumental colapso económico generado por el ideario de un conjunto de economistas, universidades y centros de reflexión económica como Von Hayek, Friedman, Stigler, Becker, Lucas, la Universidad de Chicago o la Sociedad Mont Pelerin., pareciera estar iniciando un ocaso del movimiento conservador, similar al experimentado por el movimiento liberal a finales de los sesenta. A cuarenta años de aquel fenómeno, el péndulo de la historia pareciera comenzar a revertirse.

Desde luego, aún es prematuro para extraer conclusiones definitivas. Sin embargo, el hecho de que Obama hubiese ganado en territorio republicano y conservador como son los estados de Virginia, Nevada, Carolina del Norte, o Florida, pareciera evidenciar en sí mismo una notable erosión del voto conservador.

Desde luego, quedan todavía varios elementos por delante para consolidar la efectiva reversión del péndulo histórico. Entre ellos, la fuerza y creatividad de su liderazgo, su capacidad para imprimir un cambio efectivo a la dirección actual del país y la duración e intensidad de la crisis económica. La combinación de factores como los anteriores determinará si Obama es capaz de poner en movimiento un nuevo ciclo histórico en política, tal como lo hizo Franklin Delano Roosevelt en 1933, en ocasión de la última gran crisis económica que precedió a la actual. El mismo puso fin a una hegemonía

republicana que había sido iniciada por McKinley en 1897. El ciclo demócrata se prolongó hasta 1968 y fue sucedido por otro en sentido inverso iniciado por Nixon y consolidado por Reagan.

En los tres casos anteriores, desde luego, se dio la presencia de gobiernos de signo contrario. El demócrata Wilson durante el primer ciclo republicano, Eisenhower durante el demócrata y Carter y Clinton durante el segundo período hegemónico republicano. No obstante, lo que caracterizó a cada uno de esos ciclos fue una matriz de pensamiento dominante, asociada a un partido que evidenció mayor estructuración y fortaleza. No en balde el claro predominio electoral de uno de estos dos partidos durante los ciclos en cuestión.

Los ciclos políticos suelen guardar concordancia con los económicos. El colapso de la matriz liberal en los veinte trajo consigo el predominio demócrata iniciado con Roosevelt, de la misma manera que el ascenso de la matriz neoliberal consolidó el ciclo republicano, ya en tiempos de Reagan. El colapso de la economía de mercado debería ir acompañado de un nuevo ciclo político.

Si alguien pareciera capacitado para iniciar este ciclo es precisamente Obama. Máxime cuando el suyo es un claro mandato para el cambio. Ojalá así sea. Ojalá el conservatismo estadounidense comience a ser confrontado con éxito por nuevos parámetros de pensamiento.